Alumbráras Nuestro Camino

María Esther Espinosa Calderón
En memoria de Benigno Espinosa Mercado

Se te acabó la alegría, la tristeza se reflejaba en tu rostro, tu cuerpo reposaba cansado en tu sillón favorito, de vez en cuando tus labios esbozaban una leve sonrisa, tus ojos fueron perdiendo ese gran brillo que conquistaba a propios y extraños. Te dolía no poder conversar, no acariciar tu guitarra y tu acordeón compañeros inseparables de tus tardes de soledad y nostalgia. "Mira, hija -me decías entusiasmado, cuando todavía podías tocar- ya me sale Alborada, para que le digas a tu madre", "grábala para que ella un día la escuche".

Tu cuerpo otrora fuerte ya no le respondía a tu mente, tu habilidad innata para la pintura también se iba minando poco a poco, ya no pudiste retocar el cuadro de la mujer amamantando a su pequeño, ni el de las mujeres desnudas que pintaste en tu primera juventud. Ahí quedaron tus colores y tus pinceles. Ya no hubo tiempo para componerle el dedo, la cabeza, la pierna o el pie a todo aquel Niño Dios que te llevaban para restaurar y dejarlo como nuevo.

Tus pasos ya cansados no pudieron acudir al último llamado para resanar el santo de una de las tantas iglesias a las que acudías con frecuencia, para deslizar con esa singular maestría el pincel, el yeso, la tela o lo que se requería para darle ese toque de vida al Cristo, a San Judas Tadeo, a San Antonio de Padua (de quien eras devoto), o a la virgen María o de Guadalupe.

Te sentías triste y venía a tu mente una de las frases que dijo Jesucristo cuando estaba en la cruz: "Dios mío ¿por qué me has abandonado?", pero al vernos llegar hacías un gran esfuerzo y tratabas de platicar, el mismo que realizabas para no sentirte tan inútil.

Eras un artista en toda la extensión, de la palabra, compusiste canciones, poemas, tocabas la guitarra y el acordeón, te gustaba cantar y en tu juventud formaste aquel trío del que nos contabas tantas anécdotas y el por qué no llegaron a ser famosos. Pintabas, dibujabas, tenías una técnica especial de incrustación para las "bateas" y "platos" de madera (artesanías michoacanas). Mandaste hacer tus tarjetas en donde te presentabas así: Benigno Espinosa Mercado. "Hago retablos, estandartes, paisajes al óleo, restauro imágenes de madera y yeso, o sea arte sacro (para los que no sabían). También hago trabajos de pintura indígena y hago retratos al óleo".

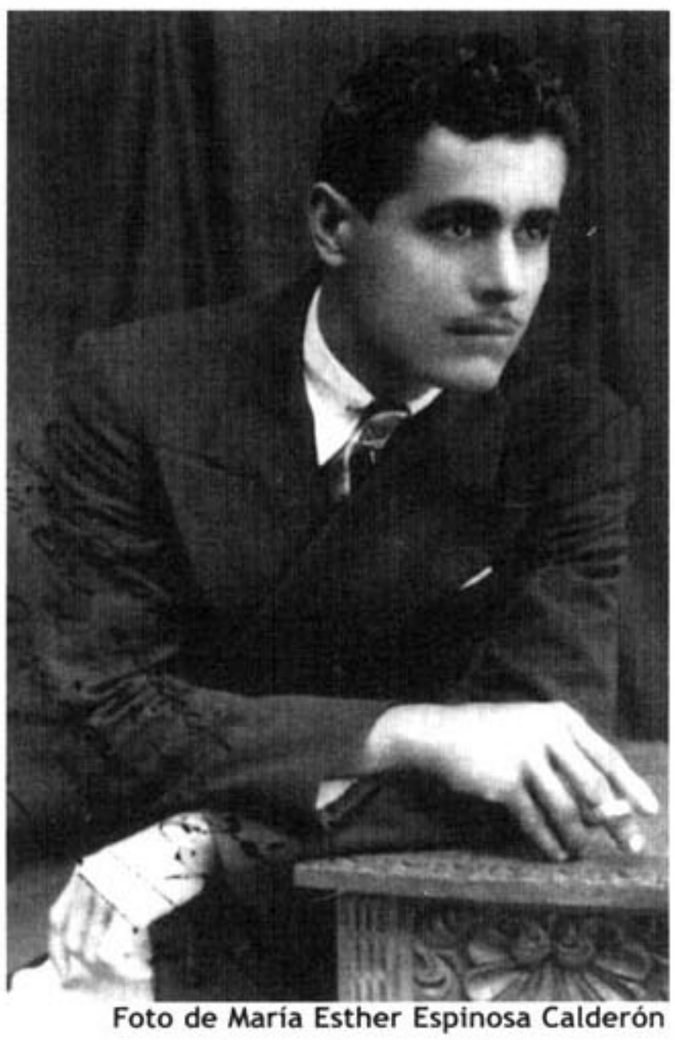
Foto de María Esther Espinosa Calderón

Para ti lo económico no tenía importancia, o no sabías el valor del dinero, debiste tener un representante que se encargara de cobrar lo que en realidad valía tu trabajo, que por cierto era mal pagado, o lo cobrabas mal.

Muchos de tus cuadros y artesanías lucen en paredes, no sólo de la casa de tus ocho hijos y de algunos de tus nietos o de aquél que los adquiría, sino en varias partes del mundo, al que por azares del destino, buscando una forma de allegarte más recursos para sacar adelante a tu familia, viajaste. Primero como velador del Pabellón de México en la Feria Mundial de Nueva York, en 1964, después a Canadá, Japón, Alemania y otros países europeos. Te ascendieron de puesto cuando descubrieron tus cualidades para la pintura y la restauración.

Como todo artista tenías gran imaginación que la hacías efectiva cuando te ponías a pintar y nos contabas esos maravillosos cuentos de los cuales los ocho hijos éramos los protagonistas principales. Al día siguiente te pedíamos el mismo cuento y tu tratabas de que fuera igual, pero no, era diferente, nunca los escribiste, pero tus hijos no hemos olvidado que esa tarde éramos personajes importantes como lo era Pinocho o la Cenicienta. Yo era para ti "tu ricitos de oro", Alejandro "tu chaparro de oro" y Griselda "tu guarecita".

También algunos de tus nietos y bisnietos alcanzaron a protagonizar algunos de tus cuentos. Para Anaeri no eras su tío-abuelo, te adoptó como su abuelito, ella también llegó a ser la estrella principal. Cómo olvidar el sonido que hacías con tu boca y manos, nos decías para entretenernos, cuando éramos pequeños "es el tecolotito", poco a poco fue perdiendo fuerza, te costaba trabajo hacerlo con tus bisnietos más pequeños, sin embargo, lo intentabas.

Foto de María Esther Espinosa Calderón

Cómo olvidar aquellas historias que nos contabas de los parientes que participaron en la Revolución, de la tía "soldadera", que se fue tras del marido.

Eras romántico, sentimental y solidario. No soportabas las injusticias, ni ver a un niño con hambre, con frío y sin zapatos. Dentro de tu escaso presupuesto tratabas de ayudar. Recuerdo cuando aún lo podías hacer llevabas ropa, zapatos y cigarros a la cárcel, o al asilo de ancianos. Te daba coraje la tala inmoderada de los hermosos bosques de Michoacán, lugar del que siempre estuviste más que orgulloso y te ibas a reforestar, aún cuando ya tus fuerzas eran mínimas.

Siempre sentiste la ausencia de ese sobrino ingrato, al que le diste tanto y no te correspondió. Días antes de tu partida, te hizo feliz su llamada, posiblemente presintió que era la última vez que lo haría. O te soñaría como te soñé yo un día antes de tu muerte.

Te gustaba leer lo que tus hijos escribíamos. A *fem*, la esperabas mes a mes, me comentabas lo que te había gustado de la revista y con lo que no estabas de acuerdo.

Cuando algún amigo fallecía lo acompañabas toda la noche, no lo podías dejar sólo en su última estadía en este mundo. Si era un comunero, compañero tuyo dabas aviso a los demás y te encargabas de que tuviera flores y su corona con el listón: Comunidad del Barrio de San Francisco. Ahora ya no estabas tú y los comuneros se olvidaron de llevarte ya no una corona, sino una simple flor. Tres días antes de irte me diste muy dolido el pésame por la muerte de Tere, mi suegra, sin saber que pronto le harías compañía. Posiblemente ya te comentó lo agradecida que estaba contigo por las flores que le llevabas a su hijo Víctor al panteón.

Son tantas cosas que podría decir de ti, de esos 85 años que estuviste entre nosotros que no alcanzaría el espacio para hacerlo. Moriste en tu casa como lo deseabas, en brazos de tu hijo Beny, todavía esbozaste una leve sonrisa. Tu funeral te hubiera encantado, se hizo como lo querías. Se te veló como tú decías en "la casa paterna", la misa se hizo en la parroquia de San Francisco que data del siglo XVI, en la que hay tanto de ti. Los Santos y Vírgenes que ahí habitan tienen algún toque tuyo. Ahí donde cada 4 de octubre eras feliz arreglando la capilla del santo patrono del barrio, para la fiesta, en donde bailabas y cantabas "pirecuas" (canciones regionales).

Tu nieto Jorge a quien le enseñaste "unas pisadas", acompañado de tu guitarra cantó en la iglesia: "entre tus manos está mi vida, señor, entre tus manos pongo mi existir, hay que vivir para morir". "Tu has llegado a la orilla... Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre, en la arena he dejado mi barca, junto a ti cruzaré otro mar". Canciones que como tu sabes las he escuchado en estos últimos meses lo que no las había oído en toda mi vida.

Te acompañó mucha gente como lo hubieras deseado, te dejamos con tu madre y tus hermanas, Jorge junto con el "Canelo" con un nudo en la garganta, otra vez, volvieron a hacer llorar no sólo las guitarras, sino a todos los presentes, a Víctor y Mario, tus nietos más pequeños que no entendían el por qué, en tan poco tiempo se fueron sus tres abuelos. Ahí en tu última morada no había silencio, sino música, lágrimas y canciones, esas que alguna vez sorprendido de la modernidad, cantaste con el Karaoke. ¿Te acuerdas? Ese día que nos divertimos tanto.

No se me olvidan esas palabras que decías debía tener un hombre para estar completo: "entendimiento, memoria y voluntad". Sé que donde quiera que estés, te encontrarás bien, haciendo lo que tanto te gusta: bailando, pintando, dibujando, cantando y tocando, a veces la guitarra, otras el acordeón. Tomándote un tequila con tu compadre Beto (No. 248), platicando con tu comadre Tere, o enseñándole a Perlita, tu nietecita, algunas "pisadas", o a dibujar la figura humana o a combinar los colores para hacer su primer cuadro bajo tu supervisión. Para nosotros no te has ido, vives en nuestro corazón, en la estrella más brillante que alumbrará nuestro camino hasta que lleguemos junto a ti.